

UNA NUEVA MUJER

"Las mujeres que nos hemos detenido a pensar en nuestra situación, no queremos, por ningún motivo, asumir una actitud gembunda, y si miramos hacia el pasado es como necesaria referencia histórica y social, no para convertir el presente en lamentación, sino en denuncia. Para ello hemos tenido que aprender a hablar, apropiarnos de la palabra que nos ha sido negada, que siglos de silencio y sumisión nos habían escamoteado, recobrar el lenguaje". Esto lo escribe Aura López, columnista de EL MUNDO y ponente en los Foros sobre la Mujer organizados por Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia. Aura nos brinda la visión histórica, la base social y cultural que por siglos ha forzado a la mujer a vivir en función de roles y a olvidarse de su razón de ser.

Por Aura López

Hace tres siglos, en Inglaterra, Anne Finch, escribía en su diario "Ay de la mujer que coge la pluma. Es considerada como una persona tan presuntuosa, que no hay virtud que pueda redimirle de su delito. Se nos dice que eso es falsear nuestro sexo y nuestro destino. Los buenos modales, las modas, la danza, los vestidos, son las únicas actividades a que debemos aspirar. Escribir o leer, o pensar, o investigar, todo eso enturbiaría nuestra belleza, nos haría malgastar el tiempo y obstaculizaría la conquista de nuestra mejor edad, mientras que la tediosa tarea de llevar una casa constituye para muchos nuestro máximo talento y utilidad".

Eran las palabras de una mujer apasionada por la literatura, que leía y escribía furtivamente, haciendo del ejercicio intelectual un quehacer solitario, asediada por el ridículo que cubría en el siglo diecisiete a toda mujer que pretendiera asumir el oficio de la literatura, actividad que se entendía exclusivamente propia del hombre, adquirida por él como parte integrante de una personalidad destinada a cumplir los grandes designios, las inmensas tareas, los imperativos artísticos, culturales y políticos de un ser dotado naturalmente, en contraposición con la incapacidad de la mujer, incapacidad tomada, no como imposición social, sino como esencia biológica. Anne Finch, como tantas otras mujeres de su época, debió tragar en silencio muchas lágrimas de impotencia, resolver en angustia y temor lo que le dictaban su talento y su afán de ser alguien. Ignorado su aporte por la sociedad, millones de mujeres como ella fueron borradas de la historia, del arte, de la cultura, de la política, y lo que ahora, en pleno siglo 20 sigue esgrimiéndose como incapacidad, no fue sino el taponamiento de toda posibilidad, de todo intento de manifestación, de todo gesto que implicara saltar por encima de los roles mezquinos a los cuales se las condenaba.

Digamos que la voz de Anne Finch fue una voz aislada, tal vez, por eso mismo, impotente. Só-

lo en 1948 surge lo que podría llamarse el primer movimiento feminista en el mundo, cuando un grupo de mujeres convocaron, en los Estados Unidos, una reunión para estudiar las condiciones y derechos sociales, civiles y religiosos de la mujer. El solo enunciado de los propósitos de la reunión, constituía un desafío. Hablar en público, utilizar una tribuna, convocar un auditorio, era acercarse peligrosamente a unos límites que, de ser transpuestos, colocaban a la mujer en una situación vergonzosa, al dejar su bello, cómodo y encantador papel de criatura insulsa y conforme, para competir con el hombre, para disputarle los dones y gracias con los cuales la naturaleza en su sabiduría, lo había dotado. Como los ángeles que en el paraíso quisieron ser iguales a Dios, las mujeres que se atrevieron entonces a cuestionar públicamente su situación de inferiores, fueron condenadas, recibieron toda clase de calificativos, y de esa tarea denigrante se ocuparon humoristas y pintores, escritores y filósofos, sacerdotes y sacristanes: La decencia naufragaba, la feminidad estaba amenazada, manchada la suavidad de los modales, perdido el decoro.

Però nos referimos a épocas distantes, y en recuento de los hechos surge como una referencia al pasado, a situaciones que por lo lejanas podrían ser miradas como piezas de arqueología que permitiesen descifrar enigmas de antiguos comportamientos sociales. Pero hay demasiadas coincidencias entre lo que sucedía hace tres siglos y lo que sucede hoy, y ésto nos hace pensar que el esquema social, la ideología de la discriminación, ha variado muy poco en su esencia, y que el cambio registrado, lo ha sido más en la medida en que se ha ido incrementando una toma de conciencia por parte de la mujer, que ha hecho posible un proceso, una afirmación, y sobre todo, un debate. Porque el hecho objetivo es que estamos, por ejemplo, aquí, hombres y mujeres, ocupándonos de un hecho fundamental, que ya no puede reducirse a un chistecito de café, o a una sonrisa condescendiente: El hecho trascendental de que la mujer busca, y encuentra, su lugar en el mundo que la rodea, ya no como objeto innominado, sino como ser.

1. La mujer como fabricación

Ahí reside la esencia del problema: Porque mientras el hombre tiene el **ser**, la mujer tiene sólo **roles**. Ser mujer ha sido asumir un papel: Esposa, madre, santa, prostituta, denominaciones pegadas como etiquetas desechables que se utilizan o se botan de acuerdo con el momento o con la circunstancia. Somos, pues, una ficción, una fabricación. —Dónde nosotras mismas, dónde el **ser**?

Se nos apartó del mundo con el trapo engañoso de la feminidad, es decir, la noción que nos confería condiciones de fragilidad, de debilidad, de delicadeza, de necesidad de apoyo. Nos fabricaron para la feminidad, y fue tan eficaz la fórmula, que llegamos a instalarnos en ella, a cobijarnos con su aparente tibieza, con su falsa idea de situación ventajosa. Claudia, una niña de seis años, enamorada de un muchacho amigo de su familia, le decía hace poco a su hermano mayor: "Qué dicha cuando me case con Oscar, y durmamos juntos, y yo pueda aplancharle la ropa, y hacerle la comida, y tenerle la casa bien arreglada cuando él llegue del trabajo". Igual que su madre, y que su abuela, y que su tatarabuela, Claudia incorpora inconscientemente su rol a su vida, lo asume desde ahora, e identifica su dicha futura con su papel doméstico. Juega con su muñeca y ejercita lo que la sociedad dice que es su instinto maternal; se entretiene con una lavadora de miniatura y una plancha de plástico con la cual aplancha la ropa de sus muñecas; salta a la cuerda, no dice palabras vulgares, porque eso es cosa de hombres, lanza la pelota en el aire y la apara con delicadeza, sin que se le permita patearla, se sienta bien, con sus piernas muy juntas, y hace deliciosos mohines cuando papá le dice que es la más hermosa mujer que él ha conocido en toda su vida. Sutilmente, Claudia va siendo preparada, fabricada para asumir el rol de mujer, o sea, algo que no es naturaleza, que es tan sólo función o máscara que disfraza su ser y borra las posibilidades de una expresión auténtica.

Ya en la adolescencia, la muchacha ha sido conformada por los ingredientes de la feminidad: Es débil, frágil, propensa al llanto, de ademanes suaves, eximida de levantar cargas pesadas, de jugar al fútbol, de hablar de boxeo, de sacar buenas notas en matemáticas, de elegir, de hacer negocios, de tomar decisiones, de pensar. Todo a su alrededor está de tal manera establecido, que la noción de su inferioridad y de su incapacidad ha sido absorbida en la respiración, dada y recibida como naturaleza. Todos aceptan su inferioridad como un asunto natural, y lo que es simplemente el resultado de una educación, la fabricación minuciosa de una criatura femenina, aparece como ley biológica. El rol de mujer ha sido asumido, y de ahí en adelante se repetirán en ella todos los mecanismos que la pondrán al margen de la historia. Se moverá en un mundo hecho por el hombre a la medida del hombre, y su acomodo en ese mundo dependerá del grado en que acepte sumisamente su papel y su destino. Acabará, inclusive, sacándole partido a la idea de que a falta de inteligencia, posee intuición, que a falta de conocimientos, tiene un cuerpo placentero que le abre, como por arte de magia, todas las puertas, y que sus carencias intelectuales le serán perdonadas porque fue la naturaleza la que hizo de ella una

criatura instintiva, emocional, inquietante, extraña, inconsecuente. Encerrada en la irracionalidad, que se le impone desde fuera, aceptado el hecho de que la razón es para el hombre y de que a ella le queda la magia, la mujer se agarra de ese ingrediente de irracionalidad y lo convierte en mecanismo de defensa, en una manera de sobrevivir. El problema pues, reside dentro de ella, y sólo mediante un gran esfuerzo racional, podrá liquidar la contradicción que dicha circunstancia le plantea.

No es posible saber cuántos libros han escrito los hombres acerca de las mujeres, ni cuántas cosas denigrantes y equivocadas han dicho de la mujer los filósofos, los poetas, los novelistas, los científicos, los santos: Los hombres. Nos han mirado al microscopio, han intentado, todos, descifrar eso que llaman el enigma de la mujer, **entender** a la mujer, penetrar sus oscuras zonas abismales, llenas, según ellos, de misterio. Hemos estado inutilizadas por el misterio, paralizadas por insondables designios que otros nos asignan. Tan pronto somos vaso de pureza, tabernáculo donde hasta Dios se complace, como larva del demonio, puerta del infierno, serpientes del mal. Platón daba gracias a los dioses por haberlo hecho libre y no esclavo, hombre y no mujer. San Pablo exclamaba: "Vuestras mujeres callen en las congregaciones, porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como la ley también lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación".

Una vieja oración de los judíos ortodoxos, dice: "Bendito sea Dios por no haberme hecho mujer". Y a la mujer judía le enseñaron a rezar: "Bendito sea Dios por haberme hecho según su voluntad".

Resignada al hecho de su feminidad, asumida la condición de mujer como enfermedad incurable con la cual, si se la acepta y se la tolera, puede incluso llevar una vida de satisfacciones espirituales que la indemnicen por la carencia de aptitudes de orden intelectual, y sublimando esa carencia en el ejercicio ordenado de sus instintos —la abnegación, la generosidad, la pureza, la resignación—, puede la mujer encontrar el sentido de su existencia: Ser discreta compañera del hombre, dedicada al hogar, y como en el poema de Woodsworth, "una criatura no demasiado inteligente ni adecuada para el habitual ajetreo de la vida, sino para penas pasajeras o caprichos vanos, alabanza, reproche, amor, besos y llantos, sonrisas...". Enternecedor retrato de la mujer ideal.

La lucha de las mujeres es, pues, nada menos que la lucha por la afirmación del **ser**. Rescatar el ser de entre esa maraña de negaciones, de ocultamientos, de roles, de adulteraciones incrustados en primer término en la mente y el cerebro de las propias mujeres, es una tarea apremiante pero difícil. Nos corresponde preguntarnos qué somos, quiénes somos, apropiarnos del lenguaje que nos permita dar una respuesta, intentar el gesto, el ademán que nunca nos perteneció, porque también nuestros gestos han sido parte de un código falso, resuelto en mohines, en pucheros, en sonrisas aprendidas en el espejo, en formulitas mágicas que nos aseguran la felicidad en tanto aprendamos a ser cada día más femeninas. Rescatado el lenguaje,



...Hay demasiadas coincidencias entre lo que sucedía hace tres siglos y lo que sucede hoy, y esto nos hace pensar que el esquema social, la ideología de la discriminación, han variado muy poco en su esencia y que el cambio registrado, lo ha sido más en la medida en que se ha ido incrementando una toma de conciencia por parte de la mujer...

afirmado el ser, tratamos de explicarnos el pasado para poder mirar hacia el futuro.

2. La matrona

Nuestra mujer tiene como antecedente más o menos próximo, a la matrona. Todas, en mayor o en menor grado, somos una edición, en el mejor de los casos, revisada, de la matrona. Instalada en el centro del hogar, marcada con el lema de que no ha de lastimarse a la mujer ni con el pétalo de una rosa, desde niña y desde joven sabe que esa tarea doméstica, asumida sin beneficio de inventario, de generación en generación, es como la cáscara protectora que le garantiza reinar de puertas para dentro, evitando el mundo exterior que puede maltratar su fragilidad, dañar su pureza, ensombrecer su virtud, manchar su honor. Para eso, para el combate de puertas para afuera, está el hombre, por quien hablaba en sus versos el viejo poeta: "Tú como la paloma, para el nido, y yo, como el león, para el combate". Capaz, audaz, inteligente, rudo, valiente, el hombre no tiene pureza que preservar, honor que salvar, fragilidad que vencer. Tiene sí, íntegra, sobre sus hombros, la gran tarea de construir el mundo y para eso, necesita contar con el respaldo de una mujer que críe a los hijos, que garantice la marcha eficaz del rodaje doméstico y proyecte desde allí, desde el hogar oscuro y cerrado, una imagen de virtud y decoro, entendidos estos términos, en referencia a la mujer, como conductas relacionadas con el orden sexual. De estas conductas está, por supuesto, eximido el hombre, quien, sin embargo, resulta directamente implicado en la conducta de su esposa, ennoblecido o mancillado según la forma de esa conducta. La esposa debe ser, por lo tanto, timbre de orgullo del varón, y para lograrlo, están a su alcance todos los mecanismos de la feminidad, instrumento el más eficaz para mantenerla relegada, entregándole mientras tanto, el cetro engañoso de un mínimo reino: Las cuatro paredes del hogar.

Claro que la matrona es fuerte, capaz, inteligente, valiente, pero, encerrada en los prejuicios, amarrada e inmovilizada por las nociones con las cuales la asedia la sociedad, por los roles que se le han asignado, sus condiciones esenciales han ido derivando hacia ejercicios

menores. Y así, su fortaleza se convierte en una gran resignación; su comprensión no es otra cosa que el ejercicio de un silencio interminable; a su ignorancia la llaman encanto, a su sacrificio decoro, a la negación de su cuerpo, virtud. Instalada sobre su impotencia, se fue amoldando a su papel, y aprendió a actuar, no como persona, sino como sombra, no como ser, sino como apéndice de otro ser, no como entidad autónoma, sino como simple prolongación. Inconscientemente, ha ido desarrollando mecanismos de defensa que le permitan sobrevivir.

Dicen de ella que es intuitiva por naturaleza, cuando lo cierto es que se fue volviendo hábil en el ejercicio de descifrar situaciones que la toman por sorpresa, hechos que ella no gobierna, ni produce, ni propicia, desastres que de pronto la ahogan, gestos que presagian tormentosas situaciones acerca de las cuales ella no tiene la más mínima oportunidad de decisión.

Y dicen que es chismosa, que nació chismosa. Encerrada, aislada de un mundo que el hombre toma para sí, y que a ella se le niega repitiéndole diariamente que la calle es para el hombre y la casa para la mujer, el chisme aparece como su única posibilidad de acceder a ese mundo, es la noticia, deformada pero posible, de ese mundo. Y la mujer se aferra entonces al chisme, y lo engrandece y lo utiliza, para ejercitar su fantasía reprimida, su necesidad de saber de los demás y de que los demás sepan de ella.

Ha aprendido a esconderse, a replegarse, a mentir, si con ello evita una tempestad, disipa un reproche, preserva algo de sí misma que no tenga que ser expuesto a los ojos de sus censores. Negada para el placer, educada en la creencia de que su cuerpo es instrumento de pecado y de que una mujer respetable no debe experimentar deseos sexuales, ya que su única pasión deben ser las labores domésticas y el cuidado de sus hijos, la mujer fue acomodándose también a la pasividad en el terreno erótico, convirtiéndose ella misma en sinónimo de esa pasividad. La desnudez de su cuerpo, su disposición al acto sexual, resultan envueltos en un velo de sacrificio, de abnegada ofrenda que ella hace para satisfacer al marido. Lo que debería ser el goce físico, la apropiación del placer, se convierte en un acto más de sumisión y aceptación, coronado por el incentivo de la maternidad, y que ha de desembocar en la ineludible tarea de la propagación de la especie.

Ya el psicoanálisis le ha decretado sus complejos de castración, su envidia del pene, su frigidez, y le ha recomendado la sublimación de su penosa condición de mujer, lección que la mujer aprendió tan minuciosamente, que miles y miles de matronas nuestras, que se han acostado con un hombre, en la misma cama, durante años, mueren sin haber sabido lo que es un orgasmo. De ellas se sigue diciendo que fueron unas santas, palabra con la cual la sociedad nombra a las mujeres que nunca intentaron rebelarse contra la condición de inferioridad que se les asignó.

Pero al lado de la santa, para guardar un forzado equilibrio, la mujer ha tenido que asumir otro rol impuesto: El de prostituta. Dos opciones muy claras, emparentadas entre sí, porque ambas le niegan la disponibilidad de su cuerpo. Para la sociedad burguesa, preocupada por la virtud de las mujeres "de bien", la prostituta se ha llegado a convertir en un mal necesario, en un sumidero que recoge y apacigua los

instintos del hombre, permitiéndole un ejercicio sexual que él, por ser hombre, necesita desde temprana edad, sin tener que manchar la pureza de las otras mujeres, de las castas, destinadas a convertirse en esposas y madres, excluidas, por eso mismo, del afán erótico, de la posibilidad de todo apremio de índole sexual.

3. El rol de la madre

Es así como el matrimonio también resulta ser, para la mujer, el cumplimiento de un destino. Allí se vislumbran, para ella, todas las formas de protección necesarias a su condición frágil y desvalida. Se le dice que el matrimonio la define, la enaltece, la preserva. Es su premio y su meta, la sumerge en el reino de la institución, donde ya queda fijada, anclada, y desde donde puede aspirar a su rol más definido, el que justifica su presencia en el mundo, el que resume todos sus otros roles, todas las etapas que constituyen la detallada elaboración de la femineidad: Su rol de madre.

Algún poeta dijo una vez que "en todo pecho de mujer hay un niño dormido". Con esas palabras, estaba haciendo, simplemente, una transposición romántica de aquello que se ha mantenido como afirmación científica, en el sentido de que la mujer posee un instinto maternal, hasta el punto de que **mujer** es sinónimo de **madre**, recargando, inflando esta palabra con todos los sentimientos que se dice son propios del alma femenina. La madre ha de ser abnegada, sacrificada, resignada, y la maternidad será más sublime en la medida en que alcance mayores dimensiones de sufrimiento, en que se asuma como una especie de calvario, de camino difícil, de corona de espinas. Se dice de la mujer que no ha tenido hijos, que le falta una experiencia sin la cual su vida puede considerarse incompleta, recortada, y muchas mujeres piensan que por no ser madres, se han convertido en seres disminuidos, mutilados, dignos de compasión. Les parece que todo lo demás es secundario, que nada puede ser más importante que la maternidad, porque, incrustada en su alma la idea de que ahí reside su destino y su realización, al faltarles esa dimensión sienten que su tarea de mujer no se cumplió y que la misión para la cual fueron creadas se les fue de las manos, dejándoles, tan solo, una vida vacía y amarga.

El mito de la maternidad, asumido también como naturaleza, deja por fuera la posibilidad de que una mujer no esté interesada en tener hijos. La sola proposición de esa posibilidad, hace pensar en un ser desnaturalizado, capaz de contrariar leyes inmemoriales que la colocaron en el mundo, precisamente, para que cumpliera su destino de madre. Abruñada por ese papel, ella se lo creyó, también, como todos sus otros papeles, y cayó en la trampa de la maternidad no elegida, no decidida, no pensada, no deseada, sino aceptada como parte del misterioso designio de ser mujer, del inescrutable destino que coloca sobre ella denominaciones indecifrabiles a las cuales debe acceder porque provienen de esferas que no deben ser cuestionadas, que no admiten la más mínima posibilidad de oposición.

Atada a sus roles, que la religión refuerza llamándolos virtud, que la familia utiliza para mantener el ejercicio del poder, que el hombre aprovecha para instalar su vanidoso reinado, la

mujer aparece atrapada por una red sutil, compleja, difícil de identificar y de deshacer. — Cómo salir de ahí? —

4. Los roles asignados

Aún hoy, en el banco de la universidad, la discriminación persiste, y es, apenas, prolongación de anteriores discriminaciones. Ya en la cartilla de lectura, la niña, Rosita, ayuda a mamá en la cocina, mientras el niño, Juanito, juega al trompo con sus vecinos. O bien, en el dibujo de una escena familiar, Rosita arrulla a su hermanito menor, mamá teje en una silla, papá lee las noticias del periódico, y Juanito arma las piezas de un tren de madera. Ajustada imagen del papel femenino, aprendido entre vocales y consonantes, para toda la vida. La escuela mixta, aparente logro revolucionario, mantiene, sin embargo, en su interior, intacto el esquema: A la hora del Deporte, en el segundo año de una escuela mixta de Medellín, las niñas saltan a la cuerda mientras los muchachos organizan un partido de fútbol. Niños y niñas se han puesto la pantaloneta, que es su uniforme de Deporte. Pasada la hora, los muchachos se quedan toda la mañana con la pantaloneta puesta, mientras a las niñas se las obliga a cambiarse porque no es un traje adecuado para que ellas asistan a las otras clases. Miriam, la maestra, sugiere al director la incorporación de las niñas al juego del fútbol, y el director, asombrado, reprocha su actitud y pregunta escandalizado, si lo que ella pretende es que esas niñas se comporten como muchachos. Impotente, Miriam sigue saltando a la cuerda con sus alumnas.

Las profesiones "femeninas" convocan, asedian a la mujer que ingresa a la Universidad. Cargas de prejuicios religiosos y sociales le repiten, a través de múltiples y sutiles voces que, por ejemplo, la medicina no es una carrera apropiada para el temperamento femenino y que su "delicada constitución física", su "frágil estructura mental", y su "honda sensibilidad", se verían afectadas por el ejercicio de una profesión que la enfrentaría con la realidad descarnada de la miseria del cuerpo humano. Para la mujer está, en cambio, mandada a hacer, la enfermería, que la sitúa cerca del problema pero no inmersa en él, no teniendo que asumirlo desde dentro. Angel de la guarda más bien que médico, a la mujer se le dice que en la enfermería puede desplegar todas sus facultades innatas de abnegación, ternura, suavidad, generosidad. La ingeniería aparece como incompatible desde todo punto de vista con la condición femenina, y ya una muchacha que desde el bachillerato demuestre aptitudes para las matemáticas, es una especie de fenómeno, una equivocación de la naturaleza.

5. Oficios "femeninos"

Fuera del ejercicio profesional, hay también un catálogo de oficios "femeninos": Secretaria, recepcionista, salonera, masajista, modelo, y en fin, aquellos trabajos donde no sea necesario tomar decisiones, que para eso están los hombres, sino donde se necesiten buenas dosis de comprensión, gracia, belleza, dones naturales según los estudiosos de la mujer, y para ejercer los cuales no es necesario quemarse las pestañas estudiando complicados libros y quebrar



...Nos fabricaron para la feminidad, y fue tan eficaz la fórmula, que llegamos a aparentar tibieza, con su falsa idea de situación ventajosa....

dose la cabeza, lo cual le quita a la mujer su encanto, esto es, su feminidad.

La secretaria, tal vez la más numerosa de las mujeres que trabajan, es un caso ejemplar. Prolonga en la oficina el papel de esposa, y ha de ser discreta, silenciosa, comprensiva. Todos sus pasos deben conducir al reposo del guerrero. El tiene en sus manos las grandes decisiones, él construye el mundo diariamente. En la sombra, las secretarías saben que la gerencia nunca será para ellas, que eso, como todos los grandes asuntos del mundo, es cosa de hombres.

Asumido como innegable conquista, el trabajo de la mujer por fuera de su casa, significa sin embargo, el lastre de una doble jornada, porque al permanecer en el hogar, intactos, los mecanismos del poder machista, debe ejecutar la tarea doméstica en su totalidad. Es así como su tiempo libre ha de ser utilizado en el lavado y planchado de la ropa, preparación de la comida, atención a los hijos, arreglo de la casa, compras, etc. Para la mujer obrera, por su condición económica, la carga es aún más agotadora y puede decirse que apenas unas cuantas pueden disfrutar de algunos días de descanso en el año. Sus vacaciones son tan sólo la ocasión para ejecutar labores domésticas atrasadas por su trabajo fuera del hogar.

En la fábrica, la mujer desempeña oficios menores, y aunque en la industria textil tuvo en el pasado desempeño notable, hoy las grandes fábricas han suprimido el enganche de mujeres, como parte de una política general. Y ni hablar de la mujer casada, cuyo estado civil la saca en forma aún más brusca del mercado de trabajo. La maternidad se ha convertido entre nosotros, en un delito laboral, aunque no es exclusivamente ese aspecto el que se considera para rechazar a la mujer. Un gerente decía que para él el problema residía en que, de pronto, en su empresa, podrían surgir problemas morales por causa de relaciones de los empleados con mujeres casadas. Y que, además, él no quisiera auspiciar, con ofertas de empleo, el abandono del hogar por parte de la mujer, quien no debe olvidar que su sitio es la casa y su oficio el cuidado de la familia. Abierta o sutilmente, muchos hombres suscriben, diariamente, las palabras de este señor.



Si uno revisa los parámetros de la educación y el trabajo de la familia y la sexualidad, los prejuicios en los cuales se mantiene encasillada a la mujer, y los mecanismos tan eficaces mediante los cuales la sociedad afirma esa marginalidad, descubre que muy poco ha cambiado en cuanto a los esquemas, a las formas de discriminación, y que hoy se repiten mecanismos que hace cien años ya eran absurdos. A la mujer se le siguen fijando horarios para estar en la calle, sitios a donde no puede entrar, y si entra, se la rechaza y se le dice que ahí no reciben mujeres. Hace poco, en un café, en el centro de Medellín, dos mujeres fueron rechazadas por el dueño del establecimiento. Una de ellas le contestó que en la puerta había un letrero que decía "Siga usted", y el tipo contestó Sí, claro, pero se entiende que ese **usted** es un hombre.

El café no nos pertenece como tampoco nos pertenece el lenguaje, porque también éste es propiedad de los hombres, de la misma manera que lo son la historia, el arte, la técnica, la literatura, la ciencia, la política. Todo un mundo construido sobre la base de ignorar consciente o inconscientemente a la mujer.

Pero hay un cambio y esta sociedad no puede ya eludir el enfrentamiento que le hace la nueva mujer. Es la actitud de ella lo que de veras ha cambiado y parece que va a seguir cambiando. Gracias a la toma de conciencia que la mujer ha sido capaz de asumir, y a la tarea de afirmación que se ha propuesto al enjuiciar una historia acomodada, unas conductas que la han mantenido atada a papeles menores, resulta enjuiciado también todo un orden social y político, y sus códigos de conducta machista aparecen afectados por ese enjuiciamiento.

6. Afán de ser historia

Las mujeres que nos hemos detenido a pensar en nuestra situación, no queremos, por ningún motivo, asumir una actitud gemebunda, y si miramos hacia el pasado es como necesaria referencia histórica y social, no para convertir el presente en lamentación, sino en denuncia. Para ello hemos tenido que aprender a hablar, apropiarnos de la palabra que nos ha sido negada,

que siglos de silencio y sumisión nos habían escamoteado, recobrar el lenguaje.

El afán de vivir la historia, de ser sujetos de la historia, nos significa hoy, como hace siglos, ser censuradas. Voces moralistas se alzan contra la actitud de la mujer que pretende emanciparse, zafarse de los lazos himillantes que en el pasado la mantuvieron inutilizada.

Se dice que estas mujeres que cuestionan acabaron con la familia que se había mantenido inmodificable y unida durante siglos. Quienes así opinan, no quieren ver que lo que ocurre es que la voz de la mujer, asumida como enjuiciamiento y protesta, demostró que toda esa noción era una noción falsa, asentada sobre la resignación, la sumisión y el silencio de la misma mujer. Al hablar ella, el falso andamiaje se viene al suelo, la ficción de una familia unida se hace añicos, se derrumban estructuras carcomidas que se mantenían en la medida en que la mujer guardaba silencio. La mujer nueva simplemente, señala esa carcoma, certifica su existencia, y asume valerosamente el riesgo que significa romper con situaciones que todos, incluida ella, consideraban como inmodificables.

Los más alarmados dicen que esto de la liberación femenina es un simple asunto de marimachos y lesbianas. Lo que ocurre es que también la homosexualidad femenina ha sido ignorada, mantenida en el silencio.

Pero al derrumbarse, por la presencia de una nueva mujer, los prejuicios sexuales, la mujer homosexual, que ha sido por ello doblemente discriminada, asume su condición, deja de considerarla como vergüenza o aberración, y aparece ante la sociedad sin tapujos y sin hipocresía.

La nueva mujer se toma la universidad y demuestra su independencia y su capacidad aunque le digan, por ejemplo, que no puede ser médica, ingeniera, o química. La nueva mujer asume el control íntegro de su cuerpo, descubre, gozosa, que antes que un aparato para la reproducción de la especie, es un instrumento de placer acerca del cual es ella quien decide, y elige, por sí misma, la conducta que ha de seguir, para el disfrute pleno de ese cuerpo. Tener o no te-





DOCUMENTOS



...Arumido como inasegurable conquista. el trabajo de la mujer por fuera de su casa. significa sin embargo, el lastre de una doble jornada, porque el permanecer en el hogar, intactos, los mecánismos del poder machista, debe ejecutar la tarea doméstica en su totalidad...

ner un hijo no es ya, para ella, asunto del cielo ni del infierno. Es una decisión autónoma, que sitúa a la maternidad en el justo sitio de la elección personal, despojándola de toda la carga obligante que la liga ineludiblemente a la condición de mujer.

La nueva mujer asume su obligación política, y enjuicia a la utilización a la cual se la somete en este terreno, donde se le ha hecho creer que la colocación de unas cuantas mujeres en cargos burocráticos, restos de la rebatiña electoral, equivale a una afirmación de su proceso de emancipación. Con el mismo gozo, y con el mismo coraje con los cuales asume su cuerpo y su vida, esta mujer articula a la lucha por su liberación personal en el terreno sexual, la lucha por una sociedad justa, y pone al servicio de esa lucha, todas sus capacidades, demostrando que ambos fenómenos, liberación social y liberación femenina, no pueden darse por separado, y que la segunda sólo podrá realizarse plenamente en una sociedad que ha logrado rescatar para todos, en la práctica, el concepto de dignidad.

Todo está tocado por el cuestionamiento que de la sociedad hace la mujer cuando rompe el silencio, se despoja de su sumisión y se sacude de su letargo secular. El hombre, envuelto directamente en el problema, enfrenta de manera principal las consecuencias de todo este cambio, de esta toma de conciencia. Instalado en su condición de rey de la creación, siente que el piso se mueve, que su supremacía, como regalo de la naturaleza, se pone en tela de juicio, y que, surgida desde la sombra, la mujer convierte lo que era papel incondicional, en presencia erigida sobre una base de igualdad, donde cada quien dará de sí mismo según sus propias capacidades e iguales oportunidades, no determinadas por el sexo. Dejarse llevar por esta nueva corriente, o quedarse anclado en sus viejos prejuicios que le niegan a la mujer la posibilidad de ser una persona, son dos opciones para el hombre. Los que se quedan, se quedarán sin compañeras. Com-



...La nueva mujer, con el mismo gozo, y con el mismo coraje con los cuales asume su cuerpo y su vida, esta mujer articula a la lucha por su liberación personal en el terreno sexual, la lucha por una sociedad justa, y pone al servicio de esa lucha, todas sus capacidades, demostrando que amén los fenómenos, liberación social y liberación femenina, no pueden darse por separados...

partiremos la vida, en todas sus manifestaciones, sólo con aquellos hombres que entiendan qué anacrónica, injusta y absurda es la actitud machista. A la nueva mujer ya no le interesa pasar a la historia como santa, ni dejar legados de amargura y silencio. La matrona cede el paso a esa nueva mujer, que quiere ser ella misma la historia, protagonista sustancial de un mundo mejor.

Queremos marchar al lado de hombres lúcidos, pero no por fragilidad, ni por incapacidad, ni por cobardía, sino porque nos necesitamos los dos para construir, precisamente, ese mundo mejor.

El texto de la izquierda, que se encuentra en un recuadro que simula un cuaderno, trata sobre la liberación personal y social de la mujer. El texto principal de la página continúa con una crítica a la actitud machista y una declaración de intención de marchar al lado de hombres lúcidos. En la parte superior derecha, se puede leer el inicio de un artículo titulado 'Ella es Presidenta de la Sociedad Colombiana de Ginecología y Obstetricia', escrito por María Leda Lombardi.

Por María Leda Lombardi

El texto de la izquierda, que se encuentra en un recuadro que simula un cuaderno, trata sobre la liberación personal y social de la mujer. El texto principal de la página continúa con una crítica a la actitud machista y una declaración de intención de marchar al lado de hombres lúcidos. En la parte superior derecha, se puede leer el inicio de un artículo titulado 'Ella es Presidenta de la Sociedad Colombiana de Ginecología y Obstetricia', escrito por María Leda Lombardi.

El texto de la izquierda, que se encuentra en un recuadro que simula un cuaderno, trata sobre la liberación personal y social de la mujer. El texto principal de la página continúa con una crítica a la actitud machista y una declaración de intención de marchar al lado de hombres lúcidos. En la parte superior derecha, se puede leer el inicio de un artículo titulado 'Ella es Presidenta de la Sociedad Colombiana de Ginecología y Obstetricia', escrito por María Leda Lombardi.